

NUEVO PRESIDENTE, MISMA CRISIS

El próximo año podría ser tentador culpar al nuevo presidente de Estados Unidos por el embrollo que herede



Nosotros decidimos a quién culpar por las crisis financieras. Quizá queramos culpar al presidente Bush por nuestro pánico, como lo hizo Nancy Pelosi en su discurso antes del primer plan de rescate. El próximo año podría ser tentador culpar a Obama"

Jessica M. Lepler

Un nuevo presidente, la misma crisis

**JESSICA
M. LEPLER**

Culpar a Bush y al triunfador de noviembre por este enredo no resolverá nada. Las causas del pánico son complejas

Barack Obama no será el primer hombre que reciba una crisis financiera junto con las llaves de la Casa Blanca al asumir la Presidencia el próximo 20 de enero. Franklin Delano Roosevelt enfrentó una depresión y una crisis bancaria en 1933. Otro presidente, aún más profundo en el pasado, enfrentó una situación más cercana al embrollo de hoy: Martin Van Buren.

Cuando Martin Van Buren puso su mano en la Biblia el 4 de marzo de 1837, una cadena de quiebras empresariales simultáneas empezó a azotar al sistema financiero estadounidense. Al principio de su presidencia, él y su partido perdieron el apoyo del pueblo estadounidense. Culparon a Van Buren por la peor depresión del primer siglo de la historia estadounidense. Se convirtió en el primer presidente que fue chivo expiatorio.

En 1837, como ahora, el sacrificio de un chivo expiatorio pudo haber servido de catarsis nacional, pero no resolvió los problemas de fondo. Culpar a George Bush y al triunfador de noviembre por nuestro enredo no resolverá

nada. Las causas de cualquier pánico son complejas. A quien escojamos culpar determina las soluciones que encontremos. Equivocarse puede ser doloroso.

Alan Greenspan ha calificado a la actual crisis como "un hecho que ocurre una vez en un siglo". Tiene razón. A diferencia del *crack* de 1929, tan frecuentemente citado ahora, los pánicos de 1837 y de 2008 comparten un elemento de sorpresa. Nadie creía en los ciclos de negocios en 1837. Hoy, nuestra fe en la predecibilidad económica ha quedado minada. El *shock* de un posible Armageddon económico une a estos acontecimientos.

El pánico de hoy es muy parecido al de 1837. El predecesor de Van Buren, Andrew Jackson, había desregulado el sistema bancario estadounidense.

Ofreciendo crédito fácil sin regulación del banco central, cientos de bancos nuevos invitaron a un segmento más ancho y profundo de la población a hacer apuestas financieras. Miles de variedades de títulos bancarios, muchos altamente apalancados, circularon por toda la nación. La economía floreció, pero los rumores de inestabilidad se esparcieron entre expertos en finanzas y en la prensa.

Van Buren, como Obama y McCain, fue obligado a centrarse en la economía durante su campaña. Las dudas se clavaron en la mente de los inversionistas. Al tiempo que las líneas de crédito se secaron y las tasas de interés se dispararon, compañías excesivamente apalanca-



Continúa en siguiente hoja

Fecha 15.11.2008	Sección Ideas	Página 1/5
----------------------------	-------------------------	----------------------

EN 1837 TAN PRONTO COMO EL DÓLAR PERDIÓ SU VALOR, LOS ESTADOUNIDENSES SE CONCENTRARON EN ANIQUILAR POLÍTICAMENTE AL PRESIDENTE

das se vieron incapaces de conseguir los préstamos que necesitaban para cumplir sus pagos. ¿Suenan conocido?

El día de la asunción de Van Buren, una de las principales tiendas de Nueva Orleans se derrumbó. Cuando llegó el Año Nuevo en Nueva York nueve días después, las instituciones de Wall Street se estremecieron. La gente entró en pánico.

Entonces, como ahora, los capitanes de las finanzas de Nueva York suplicaron a Washington restablecer la confianza. En su discurso de toma de protesta, Van Buren juró seguir las huellas de sus “ilustres predecesores” que expresaron su odio a los bancos y su dinero de papel, reduciendo al mínimo el involucramiento del gobierno en el sistema financiero. Así que Van Buren se negó a rescatar a Wall Street.

Cuando la noticia llegó a Nueva York, hombres y mujeres se arriesgaron a salir lesionados para demandar que sus notas bancarias fueran cambiadas por oro. Los bancos de la ciudad cerraron sus puertas, seguidos más tarde por todos los de la nación. Seis semanas después de la asunción, el papel moneda perdió su valor. La economía estaba en caída libre.

El siglo pasado proporcionó a los estadounidenses más instrumentos para manejar las crisis. Pero factores similares contribuyeron a estos dos pánicos. Inversionistas extranjeros, especuladores codiciosos, instrumentos financieros complejos y un disparo de los precios de las materias primas compartieron entre todos la culpa mientras una nación conmocionada respondía a fracasos incomprensibles.

En 1837, tan pronto como el dólar perdió su valor, los estadounidenses se concentraron en aniquilar políticamente al presidente.

Los oponentes de Van Buren hicieron circular “fichas de tiempos duros”, una seudomoneda, retratándolo como una persona que seguía cie-

gamente a su “ilustre predecesor”, simbolizado por un burro, encarnación temprana del logo demócrata. Los estadounidenses interpretaron los crímenes de “Martin Van Ruina” en términos políticos. Aachacándole exitosamente la crisis a Van Buren, la oposición logró grandes avances en el Congreso.

Como los estadounidenses sentenciaron a Van Buren, absolvieron a muchas partes responsables. El público nunca atacó a la prensa, que lucró esparciendo el pánico. Los individuos evitaron cuestionarse sus propios hábitos de gasto. Los legisladores permitieron a bancos y firmas financieras irresponsables quedar al margen de regulaciones.

Al describir los auges y caídas que se sucedieron después como ciclo de negocios, los econo-

mistas minimizaron la responsabilidad individual. Incluso Jackson eludió responsabilidades a tal grado que en 2008, mientras estadounidenses aterrorizados liquidaban sus cuentas de ahorros y de mercado de dinero, los cajeros automáticos les proporcionaban billetes con el retrato de este enemigo del papel moneda.

Nosotros decidimos a quién culpar por las crisis financieras, y esta decisión importa. Quizá queramos culpar al presidente Bush por nuestro pánico, como lo hizo Nancy Pelosi en su discurso antes del primer plan de rescate.

El próximo año podría ser tentador culpar al nuevo residente del 1600 de la avenida Pennsylvania por el embrollo que herede, pero esta catarsis de corto plazo no nos ayudará a encontrar remedios de largo plazo a nuestras dificultades. Al reconocer el rango de nuestras decisiones económicas en vez de culpar a todos, podemos salvar a los chivos expiatorios y realizar sacrificios útiles.

Traducción: Gregorio Narváez

Leppler es profesora de historia de la Universidad de Nueva Hampshire y escritora del History News Service